

PRIMERA CONFERENCIA SOBRE PENSAMIENTO CRÍTICO DIARIO ÍNTIMO DE UN EXPOSITOR

El editor de este bodrio tuvo la suerte de ser invitado como expositor a la Primera Conferencia Iberoamericana Sobre Pensamiento Crítico. Aunque ya publicamos en nuestro sitio web una breve reseña, ahora pretendemos dar una mirada más íntima de esos dos días de conferencias. Por eso mismo, el lector sabrá perdonar la autorreferencia y el texto escrito en primera persona.

Diego Zúñiga

Querido diario: Hoy viernes 16 de septiembre tomé el avión que me trajo a Buenos Aires. Me cobraron un ojo de la cara por llevarme desde el aeropuerto hasta la casa de Rubén Morales, mi amigo argentino que amablemente me alojará en estos días. Sospecho que los transportistas abusaron de mi cara de ingenuo, por decirlo suavemente. Lo importante es que me llevaron a destino.

Aproveché la tarde para mirar libros en calle Santa Fe, donde encontré algunas joyitas ufológicas (que, debo confesarlo con el dolor de mi alma, cada vez me entusiasman menos) y otros libros a precios ridículos para lo que estamos acostumbrados a pagar en Chile por un texto. Hablé por teléfono con Alejandro Borgo, el organizador de la conferencia. Quedé de estar mañana sábado a primera hora en el Hotel Regente, donde será el encuentro escéptico más importante jamás realizado en Latinoamérica.

Todavía no estoy nervioso. Debe ser porque hoy es viernes y recién expongo el domingo. El día estuvo muy bueno: No hizo frío ni calor. Rubén y su familia me invitaron a comer a un restorán típico. Había un tipo que tocaba la guitarra maravillosamente.

Sábado 17 de septiembre. Me levanté temprano para no perderme detalle alguno de las charlas, pese a que a las tres de la mañana me había despertado sorpresivamente por culpa de un ataque de alergia salvaje. El salón del Regente está a medio llenar todavía, quizás porque recién pasan las nueve de la mañana. En los pasillos hay algunas caras conocidas y otras que me resultan nuevas. Ahí están Juan Soler, López Borgoñoz y Alejandro Borgo un poco loco con tanto ajeteo de última hora.

Jorge Alfonso Ramírez, el primer expositor de la jornada, me recibe con un "¡Dieguito!". A él tuve la



De izq. a der.: Diego Zúñiga; Luis Alfonso Gámez; Pablo Capanna; Jorge Alfonso Ramírez; Benjamin Radford; y Widson Porto Reis.

(Foto: Gabriel Alcalde)

suerte de conocerlo el año 2001. Participamos en una mesa redonda, fuimos a un programa de televisión y cenamos en un par de ocasiones junto a otros miembros de la "comunidad". Jorge habla hoy sobre el islam y el terrorismo, aunque en rigor sus palabras van en contra de las religiones en general.

Pasado el mediodía fuimos a almorzar a un restorán que está a media cuadra del hotel. En la misma mesa coincidimos Jorge Alfonso Ramírez, Luis Alfonso Gámez y su pareja Luisa Idoate, Alejandro Agostinelli, Alejandro Borgo y quien suscribe. Gámez contó unas entretenidas historias. Él es un tipo simpatiquísimo, refrescante con sus ideas. Luego vino la segunda jornada, con varios puntos altos. La ponencia de Joe Nickell sobre milagros y la de Enrique Márquez con algunos ejemplos de estafas francamente increíbles marcaron la tarde.

Pero sin duda quien se llevó todos los galardones es el oncólogo Ernesto Gil Deza. Su charla versó sobre pseudociencia y medicina, y sacó carcajadas cada dos minutos con sus ocurrencias, bromas y rápido ir y venir por un tema que maneja al dedillo. Fue

ovacionado largamente, como se lo merecía. Cuando la jornada parecía un poco larga, a eso de las seis de la tarde, subieron al escenario los magos Marduk y Merpin, que soltaron el ambiente con sus hilarantes rutinas. Hasta los presentes de habla inglesa reían a carcajadas, aunque con desfase por la pequeña demora de la traducción.

A la noche volví un rato a la casa de Rubén, con la idea de dejar algunas cosas que cargaba. Luis Alfonso Gámez me trajo varios y excelentes libros desde España y Juan Soler tuvo la gentileza de entregarme unos números de El Escéptico que no tenía. Pasadas las nueve de la noche partí al restorán La Chacra, donde se realizó una concurrida cena de camaradería, donde todos, expositores y asistentes a la Conferencia, estaban invitados. Ahí compartí con Enrique Márquez y su buen amigo Jorge Rey, con quien nos quejamos amargamente por la mala atención del local.

Domingo 18 de septiembre. Hoy son las fiestas patrias en Chile y sufro un breve ataque de nostalgia, que se ve acrecentado cuando por calle Suipacha paso frente al restorán “Los chilenos”, que luce su frontis cerrado. Claro, es domingo. Por desgracia fui incapaz de levantarme temprano como ayer y me perdí las tres primeras exposiciones. Se comentaba que estuvieron muy buenas.

En un descanso conversé con una muchacha que asistió a la Conferencia gracias a que Borgo había estado en el programa radial de Jorge Lanata promocionándola. La chica, cuyo nombre por desgracia se me escapa, me contaba lo sorprendida que estaba con la arremetida de las pseudociencias.

Cuando me tocó exponer tuve el nerviosismo aquél que los artistas llaman “mariposas en la guata”. Pero se me pasó rápidamente. Creo, y ésta es una apreciación subjetiva, que mi charla sobre los periodistas y su función en la divulgación del engaño fue bien acogida. Luego el escritor Pablo Capanna dio el cierre magistral, con ejemplos realmente agradables de errores en la prensa. Posteriormente vino una mesa redonda donde se criticó la falta de apoyo de muchas organizaciones escépticas de Latinoamérica a esta Primera Conferencia.

Después vino la sesión con las fotos de rigor, las felicitaciones entre algunos expositores, conversaciones de pasillo sobre posibles futuras reuniones, ideas lanzadas al aire con más entusiasmo que verdadera planificación... Como sea al menos ése es el primer paso para posteriores triunfos.

Al cierre me pude tomar una foto con Joe Nickell, un sujeto enorme de tamaño y como persona. Y Luis Alfonso Gámez nos enseñó un truco para pasar como mentalistas ante un público poco prevenido. Ahí, sobre la marcha, se armó una ida al restorán de la esquina a comer algo y charlar sobre los resultados de la Conferencia. Gámez se había ido a buscar un ejemplar del diario Clarín y tuvo que caminar decenas de cuadras para dar con un quiosco abierto. Igual llegó a reunirse con nosotros.

Hubo mucha camaradería, críticas para no volver a cometer algunos errores y felicitaciones varias, incluido obviamente Alejandro Borgo, el mentor y culpable del éxito que tuvo la reunión. Me fui a casa. Antes de entrar al subte telefoneé a mi novia a Santiago. Esa noche Gilda, la esposa de mi amigo Rubén, había pedido empanadas. En la tele debatían sobre el futuro de las empresas argentinas.

Lunes 19 de septiembre. Otra vez me levanté muy temprano, aunque esta vez para pasear un poco. Fui a Facultad de Medicina a buscar un libro, y caminé decenas y decenas de cuadras mirando las enormes y muy baratas librerías de Avenida Corrientes. Los CD también tienen precios bajos, igual que los DVD.

Me metí a una cabina para conectarme a internet y enviar una nota al diario donde trabajo, nota que finalmente no fue publicada. En su lugar apareció la historia de unas sillas para niños. Luego de mucho caminar, me reuní con Alejandro Agostinelli, con quien almorcé. Ale, como siempre, me tenía guardadas unas copias de la revista Neo, donde trabaja ahora. Muy buenas.

Camino al aeropuerto íbamos conversando con el taxista, que esta vez me cobró un precio más justo, sobre la buena situación económica de Chile y cómo podrían hacerlo nuestros países para progresar. Al bajarme me dijo “esas cosas sobre la mala onda entre chilenos y argentinos son tonteras. Usted y yo conversamos tranquilamente y no tuvimos ningún conflicto”. Nos reímos juntos un rato más y partí a hacer la larga fila para abordar el avión.

Cuando viajaba de regreso a Santiago, sobre los cielos de Mendoza aproximadamente, una señora robó dos vasos guardándolos en la cartera. Me fui pensando en eso hasta que me percaté de que la chica que iba sentada a mi lado leía en silencio, cubriéndose con una manta. Cuando la nave aterrizó, la muchacha comenzó a llorar desconsoladamente. Ironías de la vida: yo, al contrario, no podía dejar de sonreír. **NL**